

El silencio reinaba a mi alrededor. Como Eduardo VIII reina en Inglaterra. Yo estaba sumido en estudios profundos, psicológicos, muy interesantes. Sobre mi mesa se veía, abiertas sus documentadas páginas, «Jeromín», que aquella semana venía muy divertido y que devoraba con fruición. De pronto apareció mi criada.

—Señorito, ¡una visita!

Gruñí:

—¡Que me deje en paz! Cuando trabajo no me gusta que me interrumpian...

Mi criada sonreía, con una sonrisa irónica, que traducida al clásico viene a significar algo así como «¡qué te crees tú eso!» Pero al propio tiempo yo observé que temblaba.

—Señorito, ¡es un señor muy raro! ¡Me ha mirado de un modo!...

—Bien, ¿y qué?

—Me ha mirado y ha retorcido las manos como si quisiera estrangularme...

—Bien, bien. ¡Que pase en seguida!

Y pasó. Debo reconocer que me impresionó un poco. Era un hombre, en efecto, bastante raro. Su palidez extrema, marmórea—de mármol blanco—, contrastaba con su traje negro, severo, rígido, en el que sólo turbaban su monotonía lamentable unos chopitos blancos y ligeros de la caspa menuda y fina. Sus ojos, minúsculos como alfileres, echaban chispas como un encendedor con piedra nueva, pero sin gasolina. Yo le rogué:

—Siéntese usted...

El hombre se puso las manos—flacas y menudas— a la espalda y empezó a pasear. Insistí:

—Siéntese usted...

El visitante dió, nervioso, tres o cuatro vueltas a la habitación. Luego se paró delante de mí, mirándome curioso. Yo tuve una leve sospecha. Indagué:

—¿Es usted sordo?

—No, señor; soy de Jaén...

Pensé que estaba en el buen camino. Repetí a la inversa la pregunta:

—¿Es usted de Jaén?

—Sí, señor; soy sordo...

Aclarado este concepto y recordando que un tío mío, algo duro de oído, se había olvidado una trompeta, fui a buscarla y me puse a hablar:

—Así, usted...

—Yo ¡soy matemático!

Al hacer esta revelación mi hombre pareció creerse y empezó a elevarse, como el doctor Piccard... Discursé:

—¡Ah! ¡Las matemáticas! De «matheséos», según unos; de «mathesis», según otros; y todos conformes en su significado: ciencia... Es la ciencia, la única ciencia, la ciencia por excelencia... ¿No conoce usted a Gemino Sosígenes?

—No es visita de casa.

—¡Cómo va a serlo! ¡Si es de la era anterior a Cristo! ¡Qué ignorancia! Gemino Sosígenes profundizó y ensanchó los fundamentos geométricos. Fue el inventor de la recta, de la circular y de la espiral cilíndrica... Se dice que si Diocles fué el inventor de la última curva, y la otra se debe—y creo que debe pagársele—a Nicomedes... Yo difiero, yo discrepo. Para mí, Euclides es el fundador. El y Pappus...

En cuanto ofo de Pappus, tuve miedo. Le corté...

—Temo, señor, que si sigue usted por ese camino me va a dar un vahído. ¿Por qué no le cuenta todo eso a la criada?

Los ojillos de mi interlocutor centellearon.

—¡A eso vengo!—rugió.

Y después de un breve silencio, reanudó la conversación:

—Yo soy un gran matemático, un matemático elevado al cubo. Gracias a Dios, soy sordo. Esto me per-

mite aislarme de ruidos y trabajar a gusto. ¿Comprende usted? Hace unos días descubrí una operación matemática muy curiosa. Y, sobre todo, muy nueva. Eso de que nuestros antepasados ya se divertían con ella, es una vil calumnia...

Paseó la vista por las paredes de mi despacho. Se quejó:

—Este tono de pared es muy fuerte para el lápiz. Pero, en fin, haré la operación con tinta...

Sacó una estilográfica. Y me escribió en la pared lo siguiente:

3 × 37 =	111
6 × 37 =	222
9 × 37 =	333
12 × 37 =	444
15 × 37 =	555
18 × 37 =	666
21 × 37 =	777
24 × 37 =	888
27 × 37 =	999

Me rogó:

—Tenga usted la bondad de hacer todas estas multiplicaciones para que vea que es cierto... Luego le aconsejo que multiplique por 33 la cantidad de 3.367. Le saldrá una cosa muy curiosa...

Yo sentí un susto muy grande. Multiplicar es de las cosas que me molestan más en el mundo. Me excusé:

—¿Le es igual que componga un soneto a la extracción de raíces de los abetos del Canadá?

El matemático enrojeció:

—¡Basta! Jamás comprenderá lo alto de esta ciencia... Voy al objeto de mi visita. Yo, como le digo, para mis trabajos matemáticos necesito quietud, tranquilidad y, sobre todo, silencio. ¿Se entera usted? ¡¡¡Silencio!!!

—Conforme. ¡Silencio! No grite usted tanto...

—Y tener silencio viviendo cerca de su casa de usted, es un problema que no sé cómo resolver.

—¿Es usted vecino mío?

—Vivo cinco casas más abajo.

—¡Cáscaras! Y, además, es sordo, ¿no es cierto?

—Matemático...

—Ya lo sé.

—Decía matemático en el sentido de exacto...

—¡Pues no lo comprendo! No comprendo qué ruidos puede usted percibir a esa distancia y en esas condiciones.

—¿No lo comprende? ¿Y su criada?

Lo comprendí al momento.

—Soy sordo y me separan de la suya cuatro casas. Pues bien... ¡No puedo trabajar! Su criada tiene una voz tan potente que taladra todos los tímpanos. Los vecinos más próximos no vienen a quejarse porque temen no poder resistir la proximidad. ¡Por eso me han comisionado a mí! ¡Es intolerable! Además, desde ayer está enseñando a cantar a sus niños. ¡Reconocerá usted que es demasiado!

Ví en aquel hombre una decisión siniestra. Procuré calmarle jurándole por todos mis antepasados que pondría un rápido remedio a esa situación. Llamé a la criada. Esta no me dejó hablar.

—Señorito, ¡venía a despedirme! Me acaban de hacer unas proposiciones en Hollywood para una «sonora».

—¡Ah! ¿Y va usted de «estrella»?

—No, señorito... Voy de «meteorito». Se trata de una película en que cae un meteorito en una fábrica de trompetas en el momento en que prueban las existencias. Dicen que nadie como yo logrará dar el sonido adecuado... Se trata de un contrato muy ventajoso...

Y dejándome atónito, se alejó con suprema dignidad...

ANTONIO PÉREZ DE OLAGUER.